

M.-D. Molinié

El coraje de tener miedo

Escuchar a Dios, hablar de Dios

Escuchar a Dios que me habla ahora

Primera tentación: pensar que «poseemos» la Palabra

Segunda tentación: olvidar que Dios sigue hablando

Tercera tentación: buscar otras palabras

Cuarta tentación: no dejarnos llevar al silencio

«Comprender» el misterio de la cruz para hablar de Dios

Dos modelos

Escuchar a Dios que me habla ahora

Dios ha hablado, Dios habla. Ésta es la gran novedad que aporta la revelación bíblica a la humanidad. Desde el principio de la historia de la Salvación, Dios irrumpe en la vida de los hombres, les habla y, con esa palabra, cambia para siempre su vida, su mirada y su meta. Sale al encuentro de Abrahán y con su palabra, mezcla de mandatos y promesas, le pone en camino y da comienzo al pueblo con el que hará su primera alianza. Desde la zarza ardiente habla a Moisés para liberar a su pueblo de la esclavitud y sellar el pacto de amor basado en los mandamientos otorgado en el Sinaí. Por medio de los profetas, Dios habla a su pueblo: con fuerza para corregir sus traiciones, con ternura para alimentar la esperanza debilitada por las consecuencias de sus pecados. Es en la etapa final cuando Dios nos habla por medio de

su Hijo (cf. Hb 1,1-2), no un profeta más, sino el Verbo eterno de Dios (Jn 1,1-18), por el que nos lo ha dicho todo.

Porque en darnos, como nos dio a su Hijo, que es una Palabra suya, que no tiene otra, todo nos lo habló junto y de una vez en esta sola Palabra [...]; porque lo que hablaba antes en partes a los profetas ya lo ha hablado todo en Él, dándonos al Todo, que es su Hijo. Por lo cual, el que ahora quisiese preguntar a Dios, o querer alguna visión o revelación, no sólo haría una necedad, sino haría agravio a Dios, no poniendo los ojos totalmente en Cristo, sin querer otra alguna cosa o novedad (San Juan de la Cruz, *Subida del monte Carmelo*, 2,22,3-5).

La Revelación está completa con la muerte del último de los apóstoles, porque ellos son los transmisores de la Palabra de Dios (cf. *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 66-67). Dios ha hablado, hemos recibido su Palabra¹, pero hemos de tener mucho cuidado de no sacar consecuencias equivocadas del gran regalo de Dios que se nos comunica y se nos da en la Revelación². Para ello hemos de evitar las siguientes tentaciones.

Primera tentación: pensar que «poseemos» la Palabra

Siendo absolutamente cierto que ya no se puede añadir ni quitar nada a la Revelación recibida en Cristo (cf. Ap 22,18-19), no debemos pensar que *poseemos* la Palabra de Dios como el que tiene y controla toda la información posible sobre Dios, de forma que el don de la Palabra tendría para nosotros la falsa sensación de pensar que Dios ya no nos puede sorprender con su Palabra, de que conocemos y comprendemos perfectamente todo lo que Dios nos ha dicho por medio de Jesucristo.

El mismo *Catecismo de la Iglesia Católica* nos ayuda a comprenderlo:

«La economía cristiana, como alianza nueva y definitiva, nunca pasará; ni hay que esperar otra revelación pública antes de la gloriosa manifestación de nuestro Señor Jesucristo» (DV 4). Sin embargo, aunque la Revelación esté acabada, no está completamente explicitada; corresponderá a la fe cristiana comprender gradualmente todo su

contenido en el transcurso de los siglos (*Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 66).

Dicho de otro modo:

No se sabe definitivamente lo que hay en la Revelación, es un secreto. Dios no puede decir nada más que no se halle ya inscrito en el depósito revelado, pues la Revelación está cerrada desde la muerte del último apóstol. Pero eso no quiere decir que se haya comprendido. La profundidad de esta Palabra es infinita, no se mueve, pero está más viva que lo que se mueve, puede reservarnos sorpresas. Dios ha dicho todo, pero como ha dicho cosas eternas cuya profundidad es insondable, es siempre nuevo (Molinié, *El coraje de tener miedo*, 215).

La Revelación «acabada», pero no completamente comprendida por nosotros, nos obliga a situarnos ante ella con la humildad del que tiene un tesoro mucho más valioso de lo que puede pensar y de estar ante una sabiduría que le supera y que le obliga a crecer enormemente para comprenderla: desde luego no puede completar este tesoro ni corregir esta sabiduría, pero sería también un grave error pensar que controla o comprende totalmente la Palabra recibida. Esa actitud manifestaría que realmente no sabe lo que tiene entre manos.

Nuestra actitud hacia la Palabra debe ser otra muy distinta:

A causa de ello, no hay que hacerse un «programa» demasiado preciso, fundado, digamos, sobre la Palabra de Dios: si esta Palabra es viva, no sabemos nunca lo que nos va a decir. Si pretendemos saberlo de antemano, so pretexto de que «está en el texto», matamos la palabra en nuestro corazón, y la obligamos prácticamente a callarse (Molinié, *El coraje de tener miedo*, 214-215).

Debemos tener en cuenta que la inteligencia de la Palabra de Dios revelada puede -y debe- crecer en la Iglesia, y no sólo mediante las acciones ordinarias y extraordinarias del Magisterio o el estudio de los teólogos, sino también con la lectura, la contemplación y la puesta en práctica de la Palabra de Dios de los fieles, tal como vemos en los santos.

Gracias a la asistencia del Espíritu Santo, la inteligencia tanto de las realidades como de las palabras del depósito de la fe puede crecer en la vida de la Iglesia:

-«Cuando los fieles las contemplan y estudian repasándolas en su corazón» (DV 8); es en particular la «investigación teológica [...] la que debe profundizar en el conocimiento de la verdad revelada» (GS 62,7; cfr. *Ibíd.*, 44,2; DV 23; *Ibíd.*, 24; UR 4).

-Cuando los fieles «comprenden internamente los misterios que viven» (DV 8); *Divina eloquia cum legente crescunt* («la comprensión de las palabras divinas crece con su reiterada lectura», San Gregorio Magno, *Homiliae in Ezechielem*, 1,7,8: PL 76, 843).

-«Cuando las proclaman los obispos, que con la sucesión apostólica reciben un carisma de la verdad» (DV 8) (*Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 94).

Segunda tentación: olvidar que Dios sigue hablando

Dios nos ha hablado y lo ha hecho de forma definitiva y completa en Jesucristo, pero la Palabra de Dios, que es viva y eficaz (cf. Heb 4,12), nos sigue hablando hoy a cada uno de nosotros, de modo que tiene capacidad para sorprendernos y transformarnos. Esta capacidad es una consecuencia de que la Biblia es Palabra de Dios y de la acción en el creyente del mismo Espíritu Santo que inspiró a los autores humanos³.

Creer que Dios me habla a mí ahora por medio de la Palabra escrita no es simple ficción piadosa, es doctrina común de la Iglesia:

Así, la comunicación que el Padre ha hecho de sí mismo por su Verbo en el Espíritu Santo sigue presente y activa en la Iglesia: «Dios, que habló en otros tiempos, sigue conversando siempre con la Esposa de su Hijo amado; así el Espíritu Santo, por quien la voz viva del Evangelio resuena en la Iglesia, y por ella en el mundo entero, va introduciendo a los fieles en la verdad plena y hace que habite en ellos intensamente la palabra de Cristo» (DV 8) (*Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 79).

Por eso, no podemos acercarnos a la Escritura como a un libro cualquiera para intentar comprender unas palabras escritas, ni siquiera para descubrir lo que *dijo* el autor.

Nunca comprendemos suficientemente que la Palabra de Dios es una frase pronunciada por alguien, que sale viva de su boca en un momento

preciso: dicho, de otro modo, un acontecimiento. Por ejemplo, Él nos dice: «¡Ven!»..., o «¿Quieres?»... Dos palabras así de sencillas. No lo dice dentro de diez años, no lo ha dicho en otro tiempo, lo dice hoy; no es algo frío, escrito en un texto, es pronunciado por un rostro que nos mira, es el deseo de un corazón a otro corazón [...] No es que, porque la Revelación está cerrada, Dios ha dejado de hablar [...] La Voz del Señor, dicen los Salmos, no cesa, no se la hace callar. A cada instante nos alcanza, se dirige a nosotros. No es nunca colectiva, no se dirige a los hombres en general, llama a cada uno por su nombre (Molinié, *El coraje de tener miedo*, 214)⁴.

Dios ha hablado y, por medio de esa Palabra, Dios me habla hoy. Antes de captar el contenido de lo que me dice, tengo que descubrir el sorprendente acontecimiento de que Dios se dirige a mí personalmente para decirme algo. Captar lo excepcional de ese acontecimiento hace que realmente pueda percibir la importancia de lo que me va a decir. Entonces, la palabra concreta que Dios me dirige a mí tiene la capacidad de transformar totalmente mi vida como cambió la de Abrahán, la de Moisés, la de Mateo o la de Zaqueo.

En este sentido podemos hablar de la *novedad* de la Palabra. Es una palabra dicha por Dios de una vez para siempre, pero al dirigirme esa misma palabra a mí y en la situación en la que me encuentro, esa palabra introduce una novedad real en mi vida, se convierte en vehículo de un diálogo concreto y nuevo entre Dios y yo, que me abre una oportunidad nueva de avanzar en mi unión con él. Es ciertamente algo nuevo lo que Dios realiza con su Palabra.

Tales palabras, a las que nunca habíamos prestado atención, pueden atravesarnos. Por ejemplo, hacia el fin de una de las crisis purificadoras de las que he hablado, se puede descubrir bruscamente el poder de paz contenido en las palabras «si conocieras el don de Dios», o «vosotros no habéis pedido todavía nada en mi Nombre...». Bruscamente, eso nos hiere y nos desgarrar: la Palabra viva circula a través de estas palabras como la corriente eléctrica a través de un conductor..., y estas palabras se convierten verdaderamente en el canal entre Dios y nosotros, en el instrumento de su diálogo (Molinié, *El coraje de tener miedo*, 215).

Tercera tentación: buscar otras palabras

Dios sigue hablando. Dios me habla ahora. Y de todas las palabras de la Biblia, de todo lo que Jesús ha dicho, ahora él elige lo que me quiere decir a mí en concreto. Y, si Dios se dirige personalmente a mí para decirme algo concreto, sería un grave error dejarme llevar por la curiosidad o por un falso afán de conocimiento y seguir leyendo, buscando otras palabras.

No es el momento, entonces, para frenar el poder de esta Palabra yendo a buscar otra en la Biblia: hay que escuchar solamente lo que tiene un sentido para nosotros en ese momento. La palabra ha venido a ser la Palabra, es decir, la Realidad. Cuando una persona nos abre su corazón, cuanto nos dice no son palabras e ideas, sino el peso de realidad de la persona misma. Entonces, si es Dios, hay que dejarse guiar como un niño por su madre, paso a paso (Molinié, *El coraje de tener miedo*, 215-216).

Es el momento de pararse, no escuchar otra cosa, no buscar más palabras y dejar que la que Dios ha dirigido a mi corazón como un dardo me afecte profundamente: me reproche, me interroge, me llame, me mueva, me consuele o me recuerde su voluntad. Porque la palabra que él me dirige está ajustada no sólo a mí, sino también al momento preciso de mi relación con Dios. Lo que fue palabra luminosa en una determinada situación no tiene que ser la palabra que me dirija Dios cuando la situación es ya distinta. Pensemos en la diferencia de las palabras de los profetas al pueblo de Dios cuando intentan hacerlo consciente de su pecado para que reaccione y cuando tienen que avivar su esperanza porque experimentan las consecuencias de aquellos pecados y de su falta de conversión y piensan que ya no tienen salvación.

Anunciad esto a la casa de Jacob y haced que lo sepan en Judá:

-Oíd bien lo que voy a decir, gente insensata, sin juicio (tienen ojos y no ven, oídos, pero no escuchan): ¿Es que a mí no me teméis?, ¿no tembláis en mi presencia? -oráculo del Señor-. Yo puse la arena como límite al mar, una frontera que jamás traspasará; se agitan las aguas, pero son impotentes, mugen sus olas, pero no lo traspasan. En cambio, este pueblo tiene corazón indócil y rebelde; se apartan de mí, se van, y son incapaces de pensar: «Temamos al Señor, nuestro Dios, que nos

da la lluvia temprana y la lluvia tardía, a su tiempo. Él ha asignado las semanas necesarias para el tiempo de la siega». Todo esto lo han cambiado vuestras culpas, vuestros pecados os privan de la lluvia, pues abundan los canallas en mi pueblo, al acecho, como quien pone lazos; y cazan hombres con trampas. Como un cesto repleto de aves, sus casas rebosan de fraudes. Así prosperan y se enriquecen, engordan y se ponen lustrosos. También rebosan malicia, no juzgan conforme a derecho, desatienden la causa del huérfano, no defienden el derecho del pobre. ¿Y no he de pedir os cuentas? -oráculo del Señor-; a un pueblo que actúa de ese modo, ¿no le he de dar su merecido? Algo espantoso y horrible está ocurriendo en el país: los profetas profetizan en falso, los sacerdotes actúan en su provecho, y a mi pueblo le agradan estas cosas. ¿Qué haréis cuando llegue el final? (Jr 5,20-31)

. . .

Pues ahora, esto dice el Señor, Dios de Israel, acerca de esta ciudad que, según vosotros, ha sido entregada en poder del rey de Babilonia mediante la espada, el hambre y la peste: Voy a reunirlos de todos los países por donde los dispersé lleno de ira, cólera y gran indignación. Los haré volver a este lugar para que vivan en él tranquilos. Ellos serán mi pueblo y yo seré su Dios. Les daré otro corazón y otra conducta, de suerte que me teman día tras día; y así les irá bien a ellos y a sus descendientes. Haré con ellos una alianza eterna, y no pararé de hacerles el bien. Infundiré en sus corazones el deseo de temerme, y así no se apartarán de mí. Disfrutaré haciéndoles el bien: los plantaré sólidamente en esta tierra, con todo mi corazón y con toda mi alma. Pues esto dice el Señor: Del mismo modo que he acarreado sobre este pueblo esa gran calamidad, asimismo haré que se derramen sobre ellos todos los bienes que les estoy prometiendo (Jr 32,36-42).

Sería un gravísimo error tanto aplicar palabras de consuelo al que está empecinado en su pecado y no quiere reconocerlo ni convertirse, como repetir las graves acusaciones y las consecuencias de sus pecados al que está hundido bajo el peso de sus culpas.

También Jesús emplea palabras fuertes o consoladoras según la situación de sus oyentes: para intentar hacerles salir de su obstinación o para facilitar que se acerquen a él.

¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que pagáis el diezmo de la menta, del anís y del comino, y descuidáis lo más grave de la ley:

la justicia, la misericordia y la fidelidad! Esto es lo que habría que practicar, aunque sin descuidar aquello. ¡Guías ciegos, que filtráis el mosquito y os tragáis el camello! ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que limpiáis por fuera la copa y el plato, mientras por dentro estáis rebosando de robo y desenfreno! ¡Fariseo ciego!, limpia primero la copa por dentro y así quedará limpia también por fuera. ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que os parecéis a los sepulcros blanqueados! Por fuera tienen buena apariencia, pero por dentro están llenos de huesos de muertos y de podredumbre; lo mismo vosotros: por fuera parecéis justos, pero por dentro estáis repletos de hipocresía y crueldad (Mt 23,23-28).

. . .

Venid a mí todos los que estáis cansados y agobiados, y yo os aliviaré. Tomad mi yugo sobre vosotros y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, y encontraréis descanso para vuestras almas. Porque mi yugo es llevadero y mi carga ligera (Mt 11,28-30).

Podemos comprobar esta forma de actuar del Señor en las diferentes «palabras» que dirige a Pedro, según la situación del apóstol:

Cuando Cristo miró a Pedro después de su traición, era una palabra, era la Palabra: ésta penetró hasta la división del alma de Pedro, desgarró su corazón. Pedro no intentó entonces evocar el recuerdo de las palabras de Jesús, ésta bastaba con creces. Más tarde, cuando le preguntó: «Pedro, ¿me amas?», era el momento de escuchar eso, de dejarse trabajar y apaciguar por esta dulzura, no era el momento de evocar el «¡Aléjate de mí, Satanás!» (Molinié, *El coraje de tener miedo*, 216).

Todo esto nos ayuda a entender la importancia de detenernos a dejarnos iluminar, atravesar o confortar por la palabra concreta que Dios nos dirige en un momento determinado. Y el grave error de buscar otras palabras movidos por la curiosidad o por la «gula espiritual» que quiere almacenar más palabras, cuando la que ha recibido basta para cambiar la vida.

Pero hay que tener en cuenta que el demonio, que en el desierto se mostró como un buen exegeta, tentando a Jesús con la misma Palabra de Dios (cf. Mt 4,1-10), también puede proponer otras palabras tomadas de la Palabra para tapan o contrarrestar la

palabra que Dios nos está dirigiendo personalmente a nosotros en ese momento, la única que hay que escuchar.

Siempre cuando Dios trata de apaciguarnos el demonio intenta hacernos oír otras palabras que nos turban y nos agitan. El hecho de que eso nos turbe debería ser suficiente para iluminarnos. Cuando el diablo toma una palabra de Dios, ya no es una palabra de Dios, sino una palabra de Satanás, aunque materialmente se encuentre en la Biblia (Molinié, *El coraje de tener miedo*, 216).

El fruto que producen estas diferentes palabras es la clave para distinguir si la Palabra recibida viene de Dios o del demonio: «El fruto del Espíritu es: amor, alegría, paz, paciencia, afabilidad, bondad, lealtad, modestia, dominio de sí» (Gal 5,22-23). Es cierto que Dios inquieta al que se aleja de él, pero para moverle a la conversión y ofreciéndole la esperanza del perdón. El demonio, si no puede tranquilizar al pecador manipulando la Escritura, intentará acusarlo con ella de modo que pierda la esperanza y renuncie a la conversión y a la salvación⁵.

Contra esta tentación es necesario aplicar el «sentido sobrenatural de la fe» que es capaz de reconocer la falsedad de las palabras humanas o la manipulación de la Palabra divina no por medio del razonamiento teológico preciso -que hará la Iglesia en su momento-, sino por el instinto que distingue el alimento del veneno.

Tal sensibilidad «olfativa» no permite precisar lo que no está bien, ni definir claramente la verdad que se le opone. Pero es el fermento que moviliza, como una señal de alarma, la inteligencia del pueblo cristiano y de sus doctores.

Una vez más se ve aquí, y sobre todo aquí, la colaboración íntima del juicio del hombre y de la intuición femenina. Es el único funcionamiento *sano* de la inteligencia, y la Iglesia no escapa a él. Una idea huele a chamusquina antes de que se sepa claramente por qué. Si fuera necesario esperar a saberlo claramente para combatirla, no llegaríamos nunca: no siempre se tiene la respuesta teológica precisa y adecuada. La Iglesia no tiene el espíritu de sistema, tiene la intuición de los dogmas antes de definirlos [...]

Si no sois capaces de ser alertados por una doctrina antes de haber comprendido en qué es peligrosa, habéis perdido un instinto esencial de la fe. No se ve inmediatamente la respuesta a un sofisma: se siente que es falso mucho antes de saber por qué. Para la palabra de Dios, es lo mismo. A veces sentimos que tal o cual doctrina desafina y permanecemos desarmados, a veces mucho tiempo, ante la argumentación de los innovadores (Molinié, *El coraje de tener miedo*, 217).

Se trata de aplicar el sentido sobrenatural de la fe que el Espíritu Santo concede a los fieles para no equivocarse en el acto de fe, que, por supuesto, no puede contradecir el sentir de la Iglesia manifestado por el Magisterio:

Todos los fieles tienen parte en la comprensión y en la transmisión de la verdad revelada. Han recibido la unción del Espíritu Santo que los instruye (cf. 1Jn 2,20-27) y los conduce a la verdad completa (cf. Jn 16,13) (*Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 91).

Con este sentido de la fe, que el Espíritu de verdad suscita y mantiene, el Pueblo de Dios se adhiere indefectiblemente «a la fe confiada de una vez para siempre a los santos» (Judas 3), penetra más profundamente en ella con juicio certero y le da más plena aplicación en la vida, guiado en todo por el sagrado Magisterio, sometiéndose al cual no acepta ya una palabra de hombres, sino la verdadera palabra de Dios (cf. 1Ts 2,13) (Concilio Vaticano II, *Lumen Gentium*, 12).

La Virgen María es modelo de este instinto de fe y unidos a ella desarrollamos ese instinto espiritual que acoge la Palabra y rechaza la mentira.

El antídoto es la santísima Virgen. La santísima Virgen es ante todo un clima: ella nos pone secretamente en ciertas disposiciones. Las palabras que recibimos son, entonces, sometidas a la prueba de este clima como una aleación a la luz de los Rayos X, o como el polvo es filtrado por un tamiz. Todo lo que es turbio o tenebroso queda infaliblemente eliminado por este clima. Es así como la santísima Virgen destruye las herejías: no por medio de definiciones dogmáticas, ex cathedra y desde arriba, sino desde la base, haciéndonos detectar inmediatamente todo perfume que no es el de Cristo en las doctrinas propuestas [...] La santísima Virgen puede ayudarnos a ejercer cada uno por nuestra cuenta esta infalibilidad de la Iglesia [...] La santísima Virgen es el guía, el hilo de Ariadna que nos conduce con seguridad

durante estos períodos de confusión (Molinié, *El coraje de tener miedo*, 216-217).

Cuarta tentación: no dejarnos llevar al silencio

La Palabra de Dios, verdaderamente acogida, desemboca en la contemplación y en el silencio, es decir, en la unión con Dios más allá de las Palabras. La incapacidad o la resistencia al silencio, nos impide recibir la Palabra de Dios y esteriliza el testimonio: nos lanzamos demasiado deprisa, como poseedores de la Palabra, a llevarla a los demás, antes de dejar que nos posea y nos transforme. Al actuar con esta precipitación que huye del silencio y de la contemplación tratamos la Palabra recibida como mera información que transmitimos a los demás, como hacemos con los datos que hemos recibido⁶. La Palabra de Dios nos debe llevar a Dios, a una relación personal y profunda, que lleva a la entrega y se realiza en el silencio.

¿Cómo atreverse a hablar de Dios? Toda palabra, como toda música, es finalmente una invitación al silencio. Las más hermosas meditaciones deben desembocar en la adoración de lo que es incomprensible e inefable.

Mientras se hable de cosas humanas, como aquellas de las que hemos hablado, se puede creer en la importancia de lo que se dice; pero tratándose de Dios, lo interesante es lo que no se dice, lo que no se ve, lo que no se sabe... Esta zona impensable no es objeto de reflexión, sino de contemplación; una especie de interrogante, de prolongado grito silencioso: Dios mío, ¿quién eres Tú? O bien: ¿Qué será de los pecadores? (Molinié, *El coraje de tener miedo*, 213).

Por eso, son los santos los que realmente escuchan y transmiten la Palabra de Dios, porque ellos la acogen en el silencio y en la contemplación, y así dejan que esa Palabra los transforme en testigos:

Los únicos que oyen verdaderamente la Palabra de Dios son los testigos -esa nube de testigos- que desde hace dos mil años buscan el rostro de Cristo con la ansiedad de la esposa del *Cantar de los Cantares* [...]

Habría que hablar de Dios como han hecho los Padres de la Iglesia, para que valga la pena. Pero ellos mismos se apresuraban a olvidar sus más hermosas meditaciones, pues sus miradas estaban fijas en otra parte, y precisamente por eso decían cosas tan hermosas (Molinié, *El coraje de tener miedo*, 214.213).

Después de haber acogido la Palabra de Dios que nos dirige personalmente, de habernos dejado poseer por ella sin poseerla ni manipularla, después de haber pasado por el encuentro silencioso con el Dios que no puede ser contenido por las palabras es cuando podremos atrevernos a hablar de Dios, superando la contradictoria convicción de no poder hablar de él y de tener que hablar de él.

La dificultad -o el desajuste- es de todos los tiempos. De hoy tanto como ayer y como de mañana. San Agustín lo afirma así en el primer libro de sus *Confesiones*: «¿Qué es lo que puede decir alguien cuando habla de Ti? Y, al contrario, ¡ay de los que se callan acerca de Ti, porque no son más que mudos charlatanes!». Toda nuestra reflexión habrá de situarse dentro de esta doble afirmación: no podemos hablar del Dios inefable y, al mismo tiempo, no podemos callar acerca de él⁷.

«Comprender» el misterio de la cruz para hablar de Dios

Para hablar de Dios, es preciso evocar el misterio de la cruz (Molinié, *El coraje de tener miedo*, 218).

A la hora de hablar de Dios, debemos evitar la tentación de emplear simplemente la sabiduría humana o de soslayar el núcleo de la revelación que se presenta en la Cruz.

San Pablo es consciente de cuál es el núcleo de la predicación y del grave error de intentar una predicación fácilmente asumible para sus oyentes, tanto judíos como gentiles.

Yo mismo, hermanos, cuando vine a vosotros a anunciaros el misterio de Dios, no lo hice con sublime elocuencia o sabiduría, pues nunca entre vosotros me precié de saber cosa alguna, sino a Jesucristo, y este crucificado. También yo me presenté a vosotros débil y temblando de miedo; mi palabra y mi predicación no fue con persuasiva sabiduría humana, sino en la manifestación y el poder del Espíritu, para que vuestra fe no se apoye en la sabiduría de los hombres, sino en el poder

de Dios [...] Pues no me envió Cristo a bautizar, sino a anunciar el Evangelio, y no con sabiduría de palabras, para no hacer ineficaz la cruz de Cristo. Pues el mensaje de la cruz es necedad para los que se pierden; pero para los que se salvan, para nosotros, es fuerza de Dios. Pues está escrito: *Destruiré la sabiduría de los sabios, frustraré la sagacidad de los sagaces*. ¿Dónde está el sabio? ¿Dónde está el docto? ¿Dónde está el sofista de este tiempo? ¿No ha convertido Dios en necedad la sabiduría del mundo? Y puesto que, en la sabiduría de Dios, el mundo no conoció a Dios por el camino de la sabiduría, quiso Dios valerse de la necedad de la predicación para salvar a los que creen. Pues los judíos exigen signos, los griegos buscan sabiduría; pero nosotros predicamos a Cristo crucificado: escándalo para los judíos, necedad para los gentiles; pero para los llamados -judíos o griegos-, un Cristo que es fuerza de Dios y sabiduría de Dios (1Co 2,1-5; 1,17-24).

Pero es el mismo Jesucristo el que anuncia su cruz como elemento esencial del plan salvador de Dios que él viene a realizar, y proclama la necesidad, no sólo de aceptar el anuncio de la cruz, sino de hacer de la propia cruz un elemento imprescindible para el seguimiento de Jesús.

Y empezó a instruirlos: «El Hijo del hombre tiene que padecer mucho, ser reprobado por los ancianos, sumos sacerdotes y escribas, ser ejecutado y resucitar a los tres días». Se lo explicaba con toda claridad. Entonces Pedro se lo llevó aparte y se puso a increparlo. Pero él se volvió y, mirando a los discípulos, increpó a Pedro: «¡Ponte detrás de mí, Satanás! ¡Tú piensas como los hombres, no como Dios!». Y llamando a la gente y a sus discípulos les dijo: «Si alguno quiere venir en pos de mí, que se niegue a sí mismo, tome su cruz y me siga» (Mc 8,31-34).

Para hablar correctamente de Dios es necesario hablar de la Cruz, porque sólo ella es capaz de expresar la locura del amor de Dios, que es el núcleo de la revelación y de la salvación realizada por Cristo.

Cuando san Pablo dice que la locura de Dios es más sabia que la sabiduría de los hombres, quiere decir que la sabiduría de Dios es tan elevada que aparece necesariamente como una locura, que esta apariencia es ineluctable, y que esta ilusión sólo se puede disipar eliminando precisamente la locura de la Cruz.

Lo que san Pablo llama la locura de la predicación enseña a los cristianos que Dios está animado por un amor hacia ellos tan intenso que lo podemos llamar amor loco: todas las palabras resultan flojas aquí. El *Verbum Crucis* (la predicación de la Cruz) es una «palabra» más elocuente que cualquier otra. Hacer más débil este aspecto, es volver sosa la sal de la tierra ... y ¿con qué la salaremos?

Pasa lo mismo con el «dolor» de Dios: es evidente que Dios no sufre, que es una forma de hablar, pero irremplazable. Hay en Dios, lo he dicho, una «correspondencia» del dolor, un atributo misterioso y revelado que no podemos expresar con otra palabra: si renunciamos a ello, dejamos que se pierda la sal de la Revelación, el *Verbum Crucis*, que nos habla del secreto de Dios, y no sólo de Cristo.

Dicho de otro modo, la bienaventuranza de Dios está tan elevada por encima de «todo lo que podemos desear o siquiera concebir», que no podemos expresar esta cualidad, inasimilable para nosotros, más que balbuciendo, y este balbuceo está condenado a emplear la palabra locura (o incluso dolor). No se trata de una ilusión, se trata realmente de Dios, es un atributo divino, pero revelado (el «secreto escondido desde el principio») que no podemos, que la Iglesia y el mismo Dios no pueden designar en lenguaje humano sin balbucear (o sin emplear, como Dios, el *Verbum Crucis*).

Tranquilizarse o protegerse contra esta locura diciendo que Dios no sufre, es precisamente eludir la locura de la Predicación, es escapar a la lenta rumia de la Iglesia desde hace dos mil años. Si queremos *sentire cum Ecclesia* (sentir con la Iglesia), hay que aceptar decir cosas inexactas sabiendo que son inexactas..., pero que traducen balbuceando lo que no podemos asimilar de la luz divina cuando se revela demasiado cerca.

Diciendo cosas inexactas, evidentemente corremos el riesgo de decir (o de que parezca que decimos) cualquier cosa, de dejarnos llevar a una divagación más o menos delirante. No hay ningún medio de evitar este peligro, hay que correr el riesgo, comprobando únicamente que nuestras divagaciones no sean las nuestras, sino las de la Iglesia: pues más vale divagar con la Iglesia que ser sabio con los hombres. La Iglesia no renuncia a la razón, incluso y sobre todo cuando quiere divagar para entrar en la locura de Dios: conserva la cabeza para divagar mejor, y divaga para amar mejor.

Por tanto, si aceptamos decir con la Iglesia que hay en Dios una correspondencia con el dolor, expresado mediante el *Verbum Crucis*, la

predicación cristiana se organiza y toma sentido en torno a esta noción. Un sentido ciertamente vertiginoso, pero simple, unificador, armonioso..., dicho de otro modo, una mirada de Sabiduría, pero de esa Sabiduría que es una locura a ojos de los hombres y de los príncipes de este mundo (Molinié, *Lo elijo todo*, Apéndices, III, *Variaciones sobre el «dolor de Dios»*)⁸.

Ciertamente, sólo podemos hablar de Dios balbuceando⁹, pero ese balbuceo, para ser digno del misterio de Dios, debe intentar expresar la locura del amor de Dios que surge de la reacción de Dios ante el pecado del hombre y sus terribles consecuencias. Ese balbuceo debe intentar expresar, ante todo, la palabra más elocuente de Dios: la cruz de Cristo. Ciertamente que al hablar de Dios intentamos expresar un misterio, pero un misterio determinado:

Pasión: misterio sagrado, misterio solemne, misterio de bienaventuranza, de amor, de alegría (sed de esta hora), de horror y de pecado, misterio de sabiduría... Lugar de encuentro del pecado y de Dios; lugar de victoria. El pecado se despliega sin freno, con libre curso, se desencadena como no lo hará más que al fin del mundo. Y el amor de Dios se ofrece a él sin resistencia, y por ahí se manifiesta y se declara a descubierto él también, y triunfante por esta sola epifanía desarmada (Molinié, *El coraje de tener miedo*, 218).

Esta locura del amor de Dios ante el pecado es la que lleva a la entrega del Hijo en la cruz y, de ese modo, la pasión de Cristo se convierte así en palabra, el *Verbum Crucis*, que es la mejor expresión del dolor¹⁰ y del amor inabarcable de Dios¹¹.

Todos los místicos sintieron que había en Dios, ante el infierno y el pecado, un misterioso desgarramiento en el que no podemos ser iniciados sin sufrir un desgarramiento análogo. De alguna manera Dios «buscó sus palabras» para hacer comprender a los hombres algo inexpresable que, a pesar de todo, quería expresar. Después de haber gritado larga y violentamente su cólera al pueblo judío por medio de la voz de los profetas, el Espíritu Santo terminó por inventar, más allá de las palabras humanas, el *Verbum Crucis*, la Palabra de la Cruz..., la única capaz de cantar el amor herido del Amado a su viña. Evidentemente esto supone que recibimos esta Palabra como la epifanía, a través del hombre, de la crucifixión del mismo Dios, revelada por la decisión divina de sufrir la pasión.

Cristo fue el primero en oír el *Verbum Crucis*: es esta palabra, esta intimidad, esta revelación aplastante del «dolor» de Dios lo que le ha subido a la Cruz..., y no el desencadenamiento del infierno, al que hubiera sido fácil poner fin. Jesús dijo a Catalina de Siena: «No son los clavos lo que me fijó en la Cruz, es el Amor...», infinitamente herido por el rechazo de los hombres y de los demonios (Molinié, *El buen ladrón*, Introducción)**12**.

La palabra de la Cruz, la palabra irremplazable y más elocuente de Dios, nos habla de su entrañable misericordia, que se conmueve profundamente por la situación de sus hijos perdidos, y reacciona de forma eficaz.

A fuerza de comer el alimento de los cerdos, el hijo pródigo sospecha que, a pesar de todo, estaba mejor en casa de su padre, pero se acuerda mal del calor del hogar, de la bondad que disfrutaba. El padre ve lo que no puede darle porque está lejos; sufre más que él: «Alegrémonos porque mi hijo estaba perdido, y ha sido encontrado, estaba muerto y ha sido resucitado» (Lc 15,24). Los mismos réprobos no comprenden lo que han perdido, pero Dios los comprende, y repito que eso se llama la Misericordia. No es un dolor, pero tampoco es nada; es una sensibilidad infinita que se enraíza en el Amor infinito, redoblado por un conocimiento infinito de la desgracia de los réprobos.

Esta Compasión no implica, por supuesto, la menor «pasión». Es una comunión activa e infinitamente violenta cuyos efectos son los frutos de la Misericordia. Y el primer fruto de la Misericordia, el más elevado de todos, es a la vez ofrecer y pedir a su Hijo encarnado reflejar en su carne esta no-indiferencia, esta comunión en la desgracia de los réprobos. Es el *Verbum Crucis*, el canto de la cruz. Jesús, sufriendo la herida divina, la canta y la manifiesta más allá de todas las palabras humanas; incluida la del dolor, porque es mucho más.

Eso va acompañado de un conocimiento humano del pecado, de Satanás y del infierno. Jesús debe entrar en contacto con el pecado, lo que se realiza en la cruz, ofreciéndole un conocimiento físico de la desgracia de los réprobos. La misa es el memorial de este horror visible cuya predicación anima la devoción de la Iglesia. Pero más allá de este horror y a través de él, Jesús conoce el infierno en la herida de Dios, que es la Misericordia. Él es consumido por la Misericordia, muere de Misericordia (Molinié, *Quién comprenderá el corazón de Dios*, 10,1, apartado *La misericordia es una herida*)**13**.

Si queremos hablar de Dios, debemos intentar manifestar ante los hombres la Palabra de la Cruz, y para ello previamente necesitamos mirar la Cruz o, mejor dicho, tenemos que atrevernos a mirar la Cruz, sabiendo que el que es capaz de mirarla de verdad se sentirá atraído hacia ella. Para aprender a mirar así la cruz, con fe y amor, con humildad y esperanza, necesitamos aprender de los santos, porque ellos son los que realmente saben mirar la Cruz y pueden proclamar el *Verbum Crucis*. Nuestra gran dificultad para mirar la cruz y hablar de Dios es que no nos atrevemos a ser santos.

Decidirse a mirar la Cruz, no es nada y es todo. No es nada, porque no se trata aún de llevar la Cruz, aún menos de terminar lo que le falta para que se cumpla el misterio de Cristo. Se trata sólo de mirar con fe el espectáculo que la Iglesia propone desde el comienzo de la predicación cristiana (nada podrá cambiar este punto), pero al que se han podido añadir muchas cosas que permiten distraerse de él, inmensa «diversión» (en el sentido de Pascal) que olvida esta realidad formidable.

Cualquier persona que mire a Cristo en la Cruz con la fe más elemental, entra en otro mundo [...] La decisión de mirar a Cristo en la Cruz y de darle nuestra fe (no digo nuestro amor, digo nuestra fe) es más temible que la de entrar en religión. Hay monjes, en el budismo y en otras partes, hay ascetismos y aventuras exigentes (en una familia política o religiosa): eso abunda, es casi banal, incluso si es el hecho de un pequeño número. En cambio, mirar a Cristo en la Cruz es otra aventura distinta, y mucho más rara...

Para mirar a Cristo en la Cruz hace falta reconocer en primer lugar que nada es tan importante: es la peor de las locuras (la «*môria*» de la que habla San Pablo), o es la respuesta a todos los problemas humanos; aunque esta respuesta plantea a su vez otros problemas al que cree... precisamente los que yo quisiera tratar.

En segundo lugar, hace falta un mínimo de amor. La fe supone un atractivo, un cierto deseo. Para ir más lejos hace falta un poco de amor a Jesús crucificado y resucitado: el mínimo necesario para estar en estado de gracia. De acuerdo que este amor es tibio, tiene miedo, choca con el hombre viejo, más poderoso que él; pero con él entra en el corazón humano lo que Jesús llama un germen o una semilla. Si queremos comprender los frutos de este germen en los cristianos más

tibios, hay que mirar a los que lo reciben con el *máximo* amor: después de haber mirado a Cristo en la Cruz, tenemos que mirar a los que lo aman, y preguntarnos lo que ese amor produce en ellos.

Esta meditación elemental es más exigente que cualquier otro esfuerzo: para ello hace falta la esperanza y la humildad, porque nos sentimos tan lejos de este amor que no queremos ir a verlo. Es ahí donde todo se juega: ir a verlo o no ir.

Lo primero que los santos contemplan cuando miran la Cruz es el Amor de Dios por ellos. Y sólo esto es ya una gran dificultad para los tibios, que somos nosotros. Cuando somos tibios es extremadamente difícil creer en un amor intenso por parte de Dios. Decimos que tiene otras cosas que hacer que ocuparse de nosotros, nos imaginamos a un Dios que flota alto y lejos de los hombres, un Creador, si no indiferente a las peticiones de nuestro corazón, por lo menos tan por encima de nuestros pensamientos que no podemos esperar que se interese por nosotros desde muy cerca. Además, no lo deseamos, sentimos que no valemos gran cosa, y nuestro deseo secreto es el de Job: *protégeme de lejos, pero no de cerca, no valgo la pena para eso... ¡y eso sería peligroso para mí!*

Entonces, cuando Jesús dice que nuestros cabellos están contados, no nos lo creemos y nos asustamos. Al mismo tiempo tenemos miedo y no creemos: eso sería demasiado hermoso, y demasiado peligroso también. Para creer en algo parecido es necesario un comienzo de amor y de sed de Dios, hay que salir de la tibieza; si no, no hay nada que hacer: no lo creemos, y no lo queremos (las dos cosas mezcladas) (Molinié, *Reflexiones para un catecismo*, apartado *La locura de la Cruz*)¹⁴.

Son los santos, los que tienen la fe y el amor necesarios, los que alcanzan la sabiduría de la Cruz, imprescindible para hablar de Dios.

Los santos tienen el presentimiento de esta sabiduría porque lo ven todo a la luz de la caridad [...] Inversamente, la cruz nos lleva a la sabiduría. No a la sabiduría humana, sino a la de Dios, «que no ha subido al corazón del hombre». Esta sabiduría sube al corazón de los santos, desde el momento en que arden en el fuego de la caridad (Molinié, *El coraje de tener miedo*, 223).

Ellos conocen por medio de la contemplación de la Cruz lo que Jesús conoció del dolor de Dios y lo llevó a abrazar la Cruz.

El dolor de Dios coincide con su Bienaventuranza, y Jesús lo ve claramente en la Visión. Su Padre eterno es infinitamente feliz, pero ve también que está infinitamente dolorido por la herida infligida por su padre temporal. La visión de esta herida infinita engendra en él un deseo devorador de *comulgar* con el dolor de su Padre; ya no para expiar, sino para comulgar gratuitamente con ese dolor, por puro amor: el deseo de expiar es superado infinitamente por el de compartir el dolor del Padre..., y la visión cara a cara no basta, porque ella no puede hacerle sufrir.

Entonces Cristo conoció el dolor a través de la persecución de las tinieblas. Al sufrir el peso del pecado, Jesús conoció en cuanto hombre algo *de Dios* que los ángeles no conocen de esta forma, porque este dolor, por más que se identifica con la Bienaventuranza, refractado en la psicología humana bien merece llamarse dolor, y no puede ser de otra forma.

Así, en el corazón carnal y glorificado de Jesús nace de forma devoradora, y yo diría casi terrible, el *deseo de sufrir* que va a caracterizar a los santos cristianos. Éstos contemplan el dolor de Dios a través de Cristo crucificado, mientras que los demás hombres pueden presentirlo confusamente a través de sus propios pecados..., y de este modo todos los que no se endurecen son llevados a la locura de la Cruz (Molinié, *Que mi alegría permanezca*, II, 2, apartado *La satisfacción*)¹⁵.

La contemplación de la Cruz para los santos, como el conocimiento del dolor de Dios para Jesús, se convierte necesariamente en un deseo de comunión con ese amor-dolor que manifiesta la locura de la misericordia de Dios. Pero, a la vez, es necesaria la comunión con la locura del amor-dolor de Dios que se manifiesta en el *Verbum Crucis* para «comprender» lo que pretende manifestar la Cruz. Sin la compasión con Cristo crucificado no podemos asomarnos al misterio de la Cruz y empezar a entender algo. Se trata de conocer por medio de la *connaturalidad*, en este caso con la cruz de Cristo, la connaturalidad que nos proporciona nuestra cruz y a la que nos mueve la contemplación de la Cruz.

Por consiguiente, mientras no veamos a Dios, no podemos comprender el *orden* de la Redención. ¿Qué hacer entonces para vivir de ella? La única salida es tener con Dios una cierta connaturalidad, una cierta afinidad, que nos hace *cómplices* de las costumbres divinas, en particular del misterio de la cruz. Cuando nos parecemos a alguien,

adivinamos fácilmente lo que va a hacer, tenemos el instinto de su comportamiento: es precisamente lo que se llama «comprender» (Molinié, *El coraje de tener miedo*, 222).

Si queréis descubrir que la locura de Dios es una Sabiduría misteriosa «desconocida para los sabios de este mundo» (1Co 2,7), no hay más que un medio: dejaos invadir por ella, dejaos invadir por el Espíritu de Dios, y probaréis lo que Job descubrió, lo que los santos aprenden cada día; a saber, que la locura de la cruz es la Sabiduría más elevada y la más deleitable, la única de verdad deseable (Molinié, *Quién comprenderá el corazón de Dios*, 9,2, apartado *El problema del mal*)**16**.

El contemplativo en el mundo se siente especialmente llamado a esa «compasión» que le lleva a unirse al Crucificado, abrazando y proclamando la locura de la cruz, que es la expresión de la locura del amor de Dios:

Se trata de una comunión de amor que se refiere a toda la vida del creyente y a toda la existencia humana del Señor, no sólo a algunos de sus aspectos parciales o aislados; y que se manifiesta especialmente en la Cruz, en la que el contemplativo se une tan íntimamente a su Señor que puede afirmar, con san Pablo: «Estoy crucificado con Cristo» (Gal 2,19), de lo que se desprende la comunión de vida con el Crucificado: «Es Cristo quien vive en mí» (Gal 2,20) [...] Por eso, aceptar ser contemplativo en medio del mundo es un modo extraordinario de abrazar la «locura de la cruz» (cf. 1Co 1,18-25), que consiste en vivir conscientemente y en carne viva la presencia de Dios en medio de un mundo que ignora y rechaza a Dios; en querer vivir apasionadamente el amor y el bien en medio del egoísmo y la violencia, sufriendo misericordiosamente las consecuencias de la fuerte oposición que provoca el enfrentamiento entre unos valores y otros; en apostar la vida por unos valores que no tienen ninguna rentabilidad humana y carecen muchas veces de resultados visibles**17**.

Hasta tal punto siente esa llamada a unirse con el Crucificado, que esa compasión forma parte esencial de su misión:

Él revive conscientemente el drama de la lucha a muerte entre la gracia y el pecado, que tuvo su máxima demostración en la Cruz y que sigue librándose en cada esquina del mundo; y sufre en su alma la dureza de ese combate, en el que se siente implicado como especial protagonista. Por ello, su misión fundamental no consiste en pronunciar discursos, cambiar estructuras o convencer a alguien. Si tiene que

hacerlo, ha de ser como expresión y consecuencia de su unión con Cristo crucificado y en cumplimiento de la voluntad del Padre. Su vocación estriba en revivir en su cuerpo el misterio del cuerpo crucificado del Hijo de Dios, manteniendo una lúcida mirada, a la vez, al amor infinito de Dios y al insondable mar de pecado del mundo; haciendo suyos los sentimientos del mismo Cristo, su mirada, su actitud..., hasta consumirse, como él, en ansias de salvación del mundo y de glorificación del Padre [...] En cualquier lugar donde se levanta la cruz en la que el hombre sufre está presente el Crucificado, que quiso unir todas las cruces a la suya. Y donde está el Crucificado no puede dejar de estar el enamorado que lo busca con una pasión que no descansa hasta llegar a la más perfecta unión, hasta poder decir: «Estoy crucificado con Cristo; vivo, pero no soy yo el que vive, es Cristo quien vive en mí» (Gal 2,19-20)**18**.

Como hemos descubierto, necesitamos la fe y el amor para acercarnos a la Cruz, pero debemos ser conscientes de que la fe y la caridad se acercan de diferente manera al *Verbum Crucis*, sólo el amor es capaz de «comprender» porque conlleva la connaturalidad con la locura del amor de Dios y la compasión con su sufrimiento.

Hay que distinguir, pues, entre la fe y la caridad. La fe permite adherirse al misterio de la cruz, pero sin comprender nada de él, un poco a la manera de los apóstoles: de ahí nuestro escándalo. Hay siempre un cierto escándalo en nosotros ante los sufrimientos humanos; intentamos superarlo haciendo actos de fe, creyendo con todas nuestras fuerzas que a través del misterio de la cruz, de generación en generación, Dios persigue un orden superior. Creemos en este orden, pero no lo saboreamos..., por eso nos resulta duro. Por el contrario, cuando la caridad es ardiente, nos hace sentir y saborear algo de la sabiduría de amor que inspira la Redención [...]

De este modo, la caridad nos hace sentir el sentido de las verdades que la fe nos enseña. La fe dice que Dios quiere salvarnos porque nos ama. Ahora bien, Él nos ama, no porque nosotros seamos amables, sino porque Él es el Amor y no sabe hacer otra cosa que amar. Si esta palabra «amar» la comprendemos de una manera natural, en el sentido de que el amor es una cosa humana, no es suficiente en absoluto para hacernos penetrar en el misterio de la cruz. Aquí es preciso hacer intervenir un amor infinito, excesivo, que es la caridad: para amar a seres como nosotros, tan odiosos como nosotros al fin y al

cabo (como lo entiende muy bien la literatura de la desesperación), hay que ser verdaderamente Dios. Para comprender la misericordia, hay que haberla recibido ya un poco, tener ya una pequeña gota de esta locura que condujo a Jesús hacia la cruz: solamente así la Redención nos aparecerá como un *orden* (Molinié, *El coraje de tener miedo*, 223-225).

El que ha sabido mirar a la Cruz y comprenderla es el que puede proclamarla adecuadamente, entonces el santo se convierte en testigo, es decir, en *mártir*, porque el martirio es la verdadera proclamación del *Verbum Crucis*, la forma adecuada de hablar de Dios.

Si, de hecho, la Palabra de Dios es ante todo el *Verbum Crucis* (la Palabra o proclamación -kerigma- del misterio de la Cruz), y si el núcleo del *Verbum Crucis* es el acontecimiento de la Pasión y de la Resurrección, palabra más profunda que toda explicación (incluso dada por Dios), la muerte de los mártires y de los santos no es una simple repetición del *Verbum Crucis*: sin embargo, no le añade nada, salvo en esplendor y superabundancia (completamos en nuestro cuerpo lo que falta al *esplendor* de la Pasión)¹⁹. Cada santo contribuye así a hacer pasar algo desde el sentido pleno al sentido literal, continúa encarnando y desarrollando el *Verbum Crucis* (Molinié, *La irrupción de la gloria*, IV, apartado *La plenitud de la Revelación*)²⁰.

. . .

Por último, podemos meditar estas últimas palabras de Jesús en el Templo: «Os echarán mano y os perseguirán, entregándoos a las sinagogas y a las cárceles y llevándoos ante reyes y gobernadores por mi nombre; esto os sucederá para que deis testimonio. Proponed, pues, en vuestro corazón no preparar la defensa, porque yo os daré una elocuencia y una sabiduría a la que no podrán resistir ni contradecir todos vuestros adversarios» (Lc 21, 12-15). Resulta que responden muy bien a nuestra pregunta: «¿Cómo hablar de Dios hoy?». Responden muy bien porque nos muestran que no hay respuesta técnica o teórica, sino que cada uno de nosotros tenemos que ser una respuesta, una respuesta que no comprendemos, pero que somos, siguiendo al Verbo en su camino de cruz (y de alegría). Ya no se trata de poseer una retórica sublime ni de jactarse de no tener ninguna retórica. Lo esencial no está del lado del tener, sino del ser. Lo esencial es ser, con Cristo, una palabra viviente y entregada al otro y, por lo tanto, ser los unos para

los otros una palabra de Dios más que tener una palabra sobre Dios. Nuestros adversarios no podrán resistirlo. Lo cual les resultará bastante insoportable. Como no pueden cosernos la boca, intentarán cosernos a nosotros mismos. Por eso, con un poco de suerte, nos darán muerte. El lenguaje de la Cruz habrá alcanzado en ese momento su máxima eficacia, pues, a pesar de ellos, nuestros verdugos acabarán de conformarnos a la Palabra crucificada...**21**

. . .

Las persecuciones no son un obstáculo. Precisamente abren el espacio del testimonio, porque son la ocasión de hablar con verdad de Dios y de su amor fuerte como la muerte. A su pesar, permiten hablar como habló el Verbo, es decir, con el lenguaje de la Cruz (1Co 1,18). A su pesar, permiten santificar el Nombre, es decir, no sólo pronunciarlo con los labios, como una palabra más entre las demás, sino llevarlo con toda la vida, proferirlo con la herida del corazón**22**.

Al contemplativo en el mundo no puede sorprenderle que el martirio sea, no sólo necesario para él, sino el mejor modo de dar testimonio de Cristo, de modo que las dificultades específicas en las que vive su vocación son más una oportunidad que un obstáculo para la verdadera proclamación de la verdad de Cristo.

El contemplativo secular ha de brillar como luz del mundo; pero éste empleará todas sus fuerzas contra quien esté decidido a vivir la misma vida del Crucificado, intentando arrastrarlo a una vida distinta o contraria a la que ha sido llamado. Sin embargo, esta misma oposición que sufre el discípulo de Cristo es lo que le permite ofrecer el testimonio incontestable de su fe en forma de martirio. De hecho, *mártir* significa «testigo» [...] La misión del contemplativo reclama de éste que reconozca la necesidad del martirio incruento, pero no por ello menos doloroso y lo abrace como único modo de unirse de verdad al Crucificado y poder dar «testimonio» veraz de él ante el mundo. Esta necesidad exige que el martirio, aunque no sea físico, sea real. Por lo cual, así como el monasterio le brinda al contemplativo monástico la oportunidad de abrazar una vida de soledad y renuncia, que posibilita el martirio incruento; en el caso del contemplativo secular, es el mismo mundo en el que vive inmerso el que se convierte, con las dificultades que le presenta, en el instrumento providencial para hacer de él un verdadero mártir**23**.

Dos modelos

La Virgen María es, también en esto, modelo privilegiado de contemplación y proclamación del *Verbum Crucis*.

Si hay un campo que no hay que afrontar imprudentemente, es precisamente éste: la cruz es algo divino, es la zarza ardiente prohibida a las miradas humanas. Sólo María puede enseñarnos a mirar la cruz: por eso he propuesto en primer lugar ponerse en su «clima». Ella sola ha sabido mirar la cruz sin desfallecimiento y cantar el *Magnificat* la tarde del Viernes Santo (si la Iglesia lo hace, María lo hizo antes que ella).

Ahora bien, ella no lo ha hecho a base de convicciones o de heroísmo. Sólo ella tenía sobre el misterio de la Redención una mirada de una profundidad y de una pureza enteramente divinas, que nosotros podemos pedirle (Molinié, *El coraje de tener miedo*, 218).

La Virgen es maestra que nos enseña a mirar y a proclamar la predicación de la Cruz porque en ella se dan de modo eminente la admiración y la compasión ante el misterio de la cruz de su Hijo.

La mirada de María: la admiración. Sentido de la admiración, fondo del alma cristiana, bajo y dominante fuera de la cual se está fuera del *tono* de la Iglesia, se desafina y suena falso (jansenismo, estoicismo). El fin de las purificaciones es liberar la admiración. Coraje de la admiración frente a la cruz... Pobreza de la admiración frente a todo temor o angustia personal. El cristiano recibe de la Iglesia el alma misma del sufrimiento de Cristo que descansa en la admiración de la visión, renuncia a todo miedo, angustia y sufrimiento *suyos*, no sabe cómo su corazón debe vibrar frente a la cruz, cómo dosificar en él y conciliar el amor, la alegría, el horror, la compasión, la acción de gracias, la contrición, la paz, la adoración. Abandona todo eso en el corazón de aquella que supo vibrar perfectamente al unísono con Dios. Ella le enseña a dejarse adoctrinar, a través de la liturgia, por el Espíritu Santo, que es quien ha sabido concordar, conciliar, al ritmo mismo de la Trinidad bienaventurada, el alma de la Iglesia, de María y del mismo Cristo.

Es la admiración la que nos introduce en esta actitud infinitamente flexible y pobre: *consideravi opera tua et expavi*²⁴. Aquí, menos que nunca, nada de artificios, no nos forjemos una actitud, no insistamos en una emoción más que en otra, dejémonos inclinar y mecer del dolor a la

alegría en el seno de la paz de Cristo que sobrepasa todo sentimiento (Molinié, *El coraje de tener miedo*, 218-219).

En el caso del buen Ladrón, aunque no tenga el mismo grado de admiración y compasión que la Virgen María, podemos encontrar con más detalle los entresijos de la contemplación de la Cruz, que lleva a la salvación.

La Virgen estaba al pie de la Cruz, ella fue la primera en mirarla como la Iglesia, pero el Evangelio no nos dice nada de esta contemplación. Por el contrario, nos habla del que mira al Crucificado como la Iglesia lo hará durante siglos: el buen ladrón. San Agustín lo subraya en un sermón que le es atribuido [...]

Cuando el ladrón vio a Dios Salvador, faltaba mucho para que Jesús estuviera sentado en un trono real, o adorado en su templo. No hablaba desde lo alto del cielo, no hacía ejecutar ninguna orden por los ángeles. No fue en absoluto por medio de semejantes prodigios que se ofreció a la mirada del ladrón y se le ayudó a creer en la realidad del cielo. El ladrón ha visto a Cristo compartir el suplicio de los salteadores, eso es todo. Lo ha visto en los tormentos, y lo ha adorado como si él hubiera estado en el seno de la Gloria.

Lo ha visto sujeto a la cruz y le ha rezado como si hubiera estado sentado en el cielo. Lo ha visto condenado y levantado en la Cruz y lo ha invocado como su rey, lo ha visto, ha creído en él en el momento mismo en el que la fe de los apóstoles se tambaleaba. También mereció que le fuera prometido el paraíso. Sin embargo, cuando él creyó, ¿qué vio? «Señor, acuérdate de mí, cuando estés en tu Reino» (Lc 23,42). Oh ladrón, ¿a quién dices «tu reino»? Ves a un crucificado y ¡le proclamas rey! Tienes ante los ojos el espectáculo de un hombre sujeto a una cruz y ¡tus pensamientos se dirigen hacia el Reino de los cielos!

¿Acaso, sin dar tregua a tu oficio de salteador, has sacado tiempo para leer las Escrituras? ¿Es que, mientras cometías los homicidios, has tenido tiempo de escuchar a los profetas? Todos los días estabas ocupado en derramar la sangre de tus semejantes. ¿Has tenido tiempo libre para prestar tu oído a la palabra de Dios? ¿Quién te ha enseñado a volverte filósofo de este modo? ¡Es la cruz, instrumento de tu suplicio, la que te ha hecho reconocer y proclamar el triunfo de Cristo!

Los judíos lo crucifican, aunque ellos saben la ley y los profetas, y tú que no conoces nada, ni la ley, ni los profetas, ves a Cristo condenado contigo y le proclamas Dios, ¡lo ves crucificado y lo adoras! ¿Pero quién

te ha enseñado eso? ¿Quién te ha enseñado los oráculos relativos a su persona para que anuncies abiertamente la entrada próxima en su Reino al que comparte tus dolores ante tus ojos?

Respuesta del buen ladrón:

«La ley no me la ha enseñado nadie, los profetas no me han anunciado nada, pero el Señor que estaba delante de mí me ha mirado, y su mirada me ha traspasado hasta el fondo de mi corazón» [...]

Crear cuando Jesús hacía milagros y hablaba con poder suponía ya una gracia que Cristo admira en Pedro: «No es ni la carne ni la sangre la que te ha revelado eso...» (Mt 16,17). Pero ante la Cruz, Pedro ya no se atrevía a creer. En aquel momento nadie, a parte de Juan y de la Virgen, ofreció una fe sin desfallecimiento. No hablemos de los sumos sacerdotes, que estaban seguros de haber ganado la partida: «¡Que descienda de su cruz y creeremos!» (cf. Mt 27,42). Sin embargo, habían debido saber que el Siervo de Dios sería un Siervo sufriente; de algún modo les pagaban para eso. ¡O estaban jugando concienzudamente su papel, cumplir el programa previsto en los Salmos y por los profetas, sin enterarse siquiera!

En el momento en el que aquellos que habrían debido saber no sabían nada, el buen ladrón reconoció al Rey de los cielos y la realización de sus profecías. Entonces san Agustín le presta esta frase que me autoriza a ver aquí la primera contemplación del crucificado: «No, yo no estaba instruido en estas cosas, no estaba preparado, no había estudiado las Escrituras, pero Jesús me miró... ¡y en su mirada lo he comprendido todo!»

¿Qué comprendió? Lo que Dios tanto quería hacernos comprender a todos, la locura de su Amor por nosotros. Aquí está el paroxismo y el punto culminante de la revelación. El grito de Jesús expirando es el de Dios mismo gritándonos su amor, el *Verbum Crucis*. Dios ya no podrá decir nada más y la Iglesia lo escuchará hasta el fin de los siglos (Molinié, *Quién comprenderá el corazón de Dios*, 9,1, apartado *El buen ladrón*)²⁵.

Siguiendo estos modelos, nosotros podemos contemplar la cruz de Cristo de tal modo que podamos «comprender» la gran palabra de Dios por medio de nuestra compasión. Después podremos expresar con nuestro ser y nuestra forma de abrazar la cruz el *Verbum Crucis*, que los santos comprenden y los mártires manifiestan en plenitud.

NOTAS

1 Esta variación de *El coraje de tener miedo* puede parecer fuera de lugar, porque nos parecería más adecuada para el comienzo del camino espiritual. No debemos olvidar que el carácter de *variaciones sobre un tema* no obliga a Molinié a un discurso lineal, articulado lógicamente. Pero, además, él manifiesta que, después de las purificaciones, es cuando realmente estamos en disposición de escuchar la gran palabra de Dios en Cristo: «El fin de las purificaciones es liberar la admiración. Coraje de la admiración frente a la cruz» (M.-D. Molinié, *El coraje de tener miedo. Variaciones sobre espiritualidad*, Madrid 1979 (Paulinas, 2ª ed.), 218). «Cualquiera que se encuentre con Jesucristo y le abra su corazón por la fe, se encuentra sometido a la presión de la Gloria del Tabor. Si no existiera el peso del pecado, inmediatamente sería llevado al Cielo (con o sin su cuerpo, eso es secundario). Esto nos amenaza a cada instante: la bienaventurada Imelda, llevada al Cielo durante la acción de gracias de su primera comunión, muestra claramente el destino profundo de todos los cristianos, y la extraordinaria sencillez de lo que nos sucedería si tuviéramos confianza en Jesucristo. Evidentemente queda el peso del pecado, que complica singularmente este destino tan simple y tan hermoso: los pecados personales enraizados en el pecado original o sus consecuencias; lo que san Pablo llama el hombre viejo. Por su causa, debemos sufrir lo que san Juan de la Cruz describe largamente bajo el nombre de purificaciones pasivas, y que es, en definitiva, una versión atenuada de la locura de la Cruz para uso de los pecadores. Digo atenuada, porque la torpeza y la fragilidad del hombre viejo impiden a la Sabiduría entregarse sin reserva al juego que “hace sus delicias”: incluso la Noche del espíritu es menos dura que la Agonía de Jesús. A causa del pecado, Dios se ve obligado a tratarnos con cuidado, porque somos todavía carnales, hasta que podamos soportar un poco de locura de parte de él... precisamente la locura de la Cruz» (Molinié, *Reflexiones para un catecismo*, apartado *San Pablo*: M.-D. Molinié, *Un feu sur la terre. Réflexions sur la théologie des saints*, I, *Une divine blessure*, Paris 2001 (Téqui), 180-181).

2 Dejamos al margen la tentación de pensar que la Revelación pueda ser completada o corregida (cf. *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 67, y la declaración de la Congregación para la doctrina de la fe, *Dominus Iesus*, sobre la unicidad y la universalidad salvífica de Jesucristo y de la Iglesia, del año 2000).

3 Puede verse el tema de formación de nuestra web [La Sagrada Escritura, Cristo y el Espíritu](#), especialmente la mención al n. 108 del *Catecismo de la Iglesia Católica*: «La fe cristiana no es una “religión del Libro”. El cristianismo es la religión de la “Palabra” de Dios, “no de un verbo escrito y mudo, sino del Verbo encarnado y vivo” (San Bernardo de Claraval, *Homilia super missus est*, 4,11: PL 183,86B). Para que las Escrituras no queden en letra muerta, es preciso que Cristo, Palabra eterna del Dios vivo, por el Espíritu Santo, nos abra el espíritu a la inteligencia de las mismas (cf. Lc 24,45)».

4 Éste es el acto fundamental de fe par la *lectio divina*, cf. el apartado *El acto de fe: Dios me habla en su Palabra* de nuestro tema «[¿Qué es la lectio divina?](#)».

5 Puede leerse a este respecto el comentario a las reglas de discernimiento de espíritus de san Ignacio de Loyola en el libro de los *Ejercicios espirituales*, que ofrecemos en nuestra web: [El discernimiento de espíritus](#), especialmente el tema [Las dos situaciones del alma y cómo actúan los espíritus en ellas](#).

6 Puede ser luminoso aplicar a la necesidad de acoger la Palabra de Dios en silencio antes de dar testimonio de él, la reflexión de F. Hadjadj, *¿Cómo hablar de Dios hoy? Anti-manual de evangelización*, Granada 2013 (Nuevo Inicio), 69: «El democrático bienhechor parece abrir en nosotros un espacio de diálogo al ordenarnos: “¡Exprésate!”. En realidad, nos prohíbe ser contemplativos o meditativos. No hace más que abrirnos un espacio para el eructo: “¡Su opinión, enseguida! ¡Su sentimiento, rápido! ¡Su reacción, en caliente, el sondeo llega ahora mismo! ¿Acaso la verdad no está en la espontaneidad?”. Es un generoso requerimiento para entendernos... excluyendo nuestro entendimiento. “¡Exprésate!” equivale a: “¡No te recojas!”, “¡Sobre todo, no te tomes tiempo para reflexionar!”, “¡Tu pensamiento ya está listo y no espera más que lo metas en el microondas!”. ¿Qué puede salir de nosotros en ese momento? La banalidad de moda, el tópico que flota en el aire de la época... Por otro lado, no se trata de expresar algo, sino de expresarse, es decir, de poner ahí delante lo primero que se pase por la cabeza -nada que sea demasiado complicado de comprender. Y se identifica esa “libertad de expresión” con una “libertad de pensamiento”, cuando lo único que se nos da es el mandato de renunciar a la paciencia de todo verdadero pensamiento, al balbuceo de toda palabra nueva. Esa gran licencia coincide con la más implacable y más insidiosa censura: todo lo que no se pueda reducir a eslogan publicitario, todo lo que no sea efusión patética, todo lo que exija la duración de una verdadera conversación, se convierte en absolutamente inaudible. Desde el momento en que la palabra se concibe, ante todo, como un medio de expresión, se convierte

inmediatamente en un medio de opresión. Quedamos privados de la palabra como lugar de una reflexión atenta y, por tanto, quedamos condenados al reflejo condicionado. Nos expresamos sin habernos recogido y, en consecuencia, presionamos un limón raquíptico, que nunca da zumo por no haber tenido tiempo suficiente para haber madurado a la sombra de sus hojas».

7 Hadjadj, *¿Cómo hablar de Dios hoy?*, 32.

8 M.-D. Molinié, *Je choisis tout. La vie et le message de Thérèse de Lisieux*, Chambray-lès-Tours 1992 (CLD), 234-235. «Esta percepción es antigua, sorprendió a los apóstoles y a los doctores, es el alma de su estupor ante a la locura de la cruz: “Tanto amó Dios al mundo, que le entregó a su único hijo y no lo escatimó”. Los padres de la Iglesia y los apóstoles no esperaron a Teresa para decir a Jesús: “Creo que tu amor llega a la locura”. San Pablo en particular era muy consciente de que en ese amor había un secreto “oculto desde el principio de los siglos”, secreto que fue él el primero en revelar a partir de la gesta de Cristo, de su obra o más bien de su Pasión seguida de su Resurrección. Lo que dijo Cristo muriendo y resucitando, san Pablo lo proclama predicando la locura de la cruz (el kerigma). Y esta proclamación explosiva, que es el Evangelio, no se encuentra en ninguna religión ni tradición humana: nadie ha sabido nunca como los cristianos hasta qué extremo y de qué manera ha amado Dios a los hombres» (Molinié, *Lo elijo todo*, 7, apartado *El mensaje*: M.-D. Molinié, *Je choisis tout*, 178-179).

9 Hay que aplicar de forma especial a Dios lo que dice Hadjadj, *¿Cómo hablar de Dios hoy?*, 86.90: «Lo indecible y lo inefable son dos desbordamientos de la palabra, uno por defecto, el otro por exceso. Los grandes dolores son mudos; las grandes admiraciones, boquiabiertas. Y unas y otras rivalizan por hacerse con nuestra garganta. Lo indecible y lo inefable se impugnan y contrastan entre sí. Se impugnan porque lo indecible impone la empresa de la nada, mientras que lo inefable da testimonio de la promesa del ser. Contrastan porque lo inefable hace aún más indecible a lo indecible (ante la promesa del bien, el mal parece todavía más escandaloso), y lo indecible hace aún más inefable a lo inefable (ante la empresa del mal, el bien parece todavía más sorprendente) [...] El hablar bien se da en la oración y en el canto, es decir, en el balbuceo supremo, en la palabra quebrada por lo indecible, boquiabierta por lo inefable, la palabra que da el espíritu... Hablar sin tender al canto no llega a ser hablar, porque en ese caso no se llama a las cosas de un modo que delimite el misterio de su presencia. Hablar sin tender a la oración no llega a ser hablar, porque en

ese caso no se llama a las cosas de un modo que las arranque de la amenaza de la nada».

10 Sobre el dolor de Dios pueden verse también los textos de Molinié en el apartado *La respuesta de Dios al infierno* del tema «[Confianza y misericordia: el coraje de creer en el infierno](#)».

11 «¡Pero atención! No se trata aquí sólo del amor trinitario que coincide con la luz eterna (que inspira a san Juan de la Cruz el deseo de la visión cara a cara): se trata del Amor misericordioso; el que impulsa a Dios a salir de sí hacia sus riesgos y peligros, para afrontar el misterio del Mal y lanzarse a la locura de la Cruz» (Molinié, *Lo elijo todo*, 5, apartado *La vocación del amor*. M.-D. Molinié, *Je choisis tout*, 115).

12 M.-D. Molinié, *Un feu sur la terre. Réflexions sur la théologie des saints*, VIII, *Le Bon Larron et les stigmates*, Paris 2001 (Téqui), 13-14.

13 M.-D. Molinié, *Qui comprendra le coeur de Dieu?*, Paris 1994 (Saint-Paul), 158-159.

14 M.-D. Molinié, *Une divine blessure*, 167-169.

15 M.-D. Molinié, *Un feu sur la terre. Réflexions sur la théologie des saints*, X, *Que ma joie demeure*, Paris 2001 (Téqui), 76-77.

16 M.-D. Molinié, *Qui comprendra le coeur de Dieu?*, 150. Y el que descubre esa sabiduría de la Cruz sentirá el impulso a imitarla: «Si alguien se deja seducir por el movimiento de amor del que he hablado (la locura de la cruz que inspira al Verbo encarnarse para hacerse culpable de todo por todos), será lavado de todas sus faltas; pero será poseído también por el deseo de prolongar “en su cuerpo lo que falta a la pasión” de Jesús, locura imposible de saciar: el deseo de ser culpable de todo por todos» (Molinié, *Culpable de todo por todos*, 8, apartado *Objeción a propósito de la redención*: M.-D. Molinié, *Coupable de tout pour tous. Variations sur le mystère du Salut*, Feucherolles 2008 (La Nef), 218).

17 Hermandad de Contemplativos en el Mundo, *Fundamentos para vivir contemplativamente en el mundo*, Madrid 2019 (2ª ed. corregida), 131-132.

18 Contemplativos en el Mundo, *Fundamentos*, 135-137.

19 «En consecuencia, cuando vivo el mismo misterio que vive Jesús en la cruz, y lo hago presente en el *ahora* concreto de mi vida real, lo hago más visible y actual, añadiéndole una mayor *sacramentalidad y actualidad*. Podemos afirmar que, del mismo modo que Cristo hace presente en la historia su mensaje o su perdón de forma visible a través de su Cuerpo, que es la Iglesia, también hace presente su pasión en cada rincón de la historia a través de sus miembros. Lo que no necesita Jesús para completar la

eficacia salvadora de su pasión, sí lo ha querido necesitar para hacerla presente a través de personas concretas que, unidas a él, reviven, actualizan y encarnan esa misma pasión. Así, la Iglesia, como Cuerpo de Cristo, participa de ese misterio, no sólo sacramentalmente en la Eucaristía, sino también existencialmente en la vida del cristiano» (Contemplativos en el Mundo, *Fundamentos*, 133-134).

20 M.-D. Molinié, *Un feu sur la terre. Réflexions sur la théologie des saints*, IX, *L'irruption de la gloire*, Paris 2001 (Téqui), 193.

21 Hadjadj, *¿Cómo hablar de Dios hoy?*, 171.

22 Hadjadj, *¿Cómo hablar de Dios hoy?*, 169.

23 Contemplativos en el Mundo, *Fundamentos*, 207-209.

24 Texto del Gradual Romano (feria VI in Parasceve) inspirado en Hab 3,1, que puede traducirse por «consideré tus obras y quedé espantado».

25 M.-D. Molinié, *Qui comprendra le coeur de Dieu?*, 143.144-145.146-147.